

tándose de la Francia, sabe á qué atenerse cuando ve á Napoleon empeñado en degradar, en envilecer al pueblo que gobierna, y en extirpar todo sentimiento moral, todo vislumbre de genio, toda libertad. El espectáculo de la Francia, bajo el régimen imperial, contrista á la humanidad, porque los franceses amigos ó enemigos de los otros pueblos, son hombres, y el mundo los contempla en el último grado de abyección á que un pueblo puede llegar, bajo la virga férrea del usurpador del 2 de Diciembre. La proscripción de toda libertad en Francia, la guerra á muerte que allí se hace al pensamiento, el favor de que goza el partido clerical, el carnaval político que en lugar de instituciones se ofrece á aquel pueblo, dándole palabras en vez de cosas, todo esto quita el atractivo á la intervencion francesa, y ha de inflamar más y más para rechazarla, á un pueblo que por su propio esfuerzo conquistó su independencia, se dió las instituciones más libres de la tierra, y marchando sereno por la senda del progreso, se ha librado de todas las tiranías, no sólo de las que oprímian el cuerpo, sino de las que pretendian encadenar el espíritu.

¿Qué pueblo habia de ser tan insensato que renegara de su autonomía, de su libertad civil, política y religiosa, para aceptar el yugo salvaje de Napoleon III, enemigo jurado de la razon, del libre exámen, de la filosofía y de todo lo que engrandece el espíritu humano?

A la proclama á los mexicanos siguió la tierna despedida en tono elegiaco, dirigida á los habitantes de Orizaba, y salida nada ménos que del sensible corazón de Forey. Les da en primer lugar las gracias por la acogida que ha tenido el cuerpo expedicionario, y este es el colmo de la cortesania, cuando la poblacion ha huido en masa, y segun Laurencez, los franceses encontraban en todas las poblaciones el espíritu más hostil, sin descubrir la menor simpatía. El órden no ha dejado de reinar; y si esto no se debe á las simpatías de la poblacion, á lo ménos se debe á una buena disposicion que siempre es de agradecerse. Hay en este pasaje un candor, una *bonhomie* que salen del corazón. Es claro que si al órden establecido por un ejército invasor en una ciudad abandonada por sus habitantes, no se debe la simpatía de estos mismos habitantes, ha de deberse á alguna otra cosa. Mr. Forey sabrá sin duda lo que queria decir otro general compatriota suyo cuando esclamaba: "El órden reina en Varsovia!" *Ubi so-*

*litudinem gaciunt, pacem appellant, de-  
cia ya hace siglos el sublime Tácito.*

No cree el general hacerse una ilusion al figurarse que en los soldados franceses los mexicanos habrán reconocido á los hijos de la bella Francia, que marchan á la cabeza de la civilizaci6n! Oh! por supuesto que al ver franceses, todos habrán dicho: estos son franceses, son de Francia. Forey al ménos no ofende la perspicacia de los mexicanos, ni les aplica el sabido epigrama:

Admiróse un portugués,  
Al ver que en su tierna infancia  
Todos los niños en Francia  
Supieron hablar francés.

De todo esto deduce el general, que los orizabeños han comprendido las nobles intencion del emperador. Ya esto es claro, ¿cómo no las han de comprender sabiendo que los franceses son hijos de la bella Francia, y además, que como soldados son susceptibles de órden y de disciplina? Bueno es, sin embargo, distinguir entre los franceses de Francia y los franceses de otras partes; esta distincion tiene algo de pulla contra los franceses Almonte, Márquez, Miranda, Taboada y Triujeque.

No está demás volver á explicar esas nobles intenciones, que son nada ménos que reconciliarnos con la Europa, y particularmente con la Francia, cuyas simpatías con nosotros hubieran sido siempre recíprocas, á no ser por el gobierno actual de México. Podemos asegurar á Mr. Forey que esta reciprocidad existe, y que comprende el pueblo mexicano todo lo que tiene que agradecer en esa proyectada reconciliaci6n á cañonazos.

Forey anhela triunfar, no por la gloria, ni por la ambicion al mariscalato, sino pura y simplemente por darnos á costa de la sangre de sus soldados órden y libertad. ¿Se ha visto en el mundo mayor abnegacion, más generoso desinterés?

Adios! dice á los orizabeños; pero enterrecido no quiere que sea la despedida para siempre, y exclama ¡hasta más ver! protestando no olvidarse de la ciudad hospitalaria. Si todo esto no ha conmovido hasta el llanto á los habitantes de Orizaba, si no han derramado lágrimas gordas como granizos, este país no tiene remedio, ni merece los solícitos cuidados de la Francia.

El efecto de estas extravagantes arengas en la opinion, es completamente nulo: ni las bravatas, ni los programas, ni los sollozos causan la menor impresion en el

espíritu público, ni lo conmueven. Son sólo un artículo de *nouveautés* francesas que han hecho reir al público en sus fiestas de carnaval. Estas proclamas ni arredran al país ni al gobierno en la defensa de la causa santa de la nacionalidad de México, ni despiertan de su letargo á la *parte sana*, cadáver en putrefacci6n al que ni el poder galvánico de la expedici6n francesa puede dar instantánea apariencia de vida.

Laurencez tuvo mucha más actividad que su sucesor, y no expidió manifestos, ni despedidas.

El *Pays, Journal de l'Empire*, lo trató de iluso, y lo regañó por haber creído en las flores y en las ovaciones de Puebla, y Mr. de Saligny, segun cuenta uno de los sobrinos de Jecker, lo pintaba como á un infeliz, como á un inepto más digno de lástima que de odio. Moraleja: el general Forey tiene que cuidarse mucho del *Pays* y de Mr. de Saligny.

FRANCISCO ZARCO.

#### INSTRUCCIONES DE NAPOLEON Á FOREY.

Fontainebleau, 3 de Julio de 1862.

Mi querido general:

En el momento en que vais á salir para México investido de poderes políticos y militares, creo útil daros á conocer bien mi pensamiento.

Hé aquí la línea de conducta que tendreis que seguir: primero, expedir á vuestra llegada una proclama, cuyas principales ideas se os indicarán: segundo, acoger con la mayor benevolencia á todos los mexicanos que se os presenten: tercero, no abrazar la defensa de ningun partido, declarar que todo es provisional mientras no se haya declarado la nacion mexicana; mostrar una gran deferencia á la religion, pero tranquilizar al mismo tiempo á los tenedores de bienes nacionales: cuarto, alimentar, pagar y armar, con sujecion á vuestros recursos, á las tropas mexicanas auxiliares, haciéndoles representar el papel principal en los combates: quinto, conservar la más severa disciplina, así entre nuestras tropas como entre las auxiliares; reprimir vigorosamente todo acto, toda palabra ofensiva para los mexicanos, pues no se debe olvidar la altivez de su carácter, é importa para el buen éxito de la

empresa conciliarse ante todo el espíritu de las poblaciones.

Cuando hayamos llegado á México, es de desear que las personas notables de todos colores, que hayan abrazado nuestra causa, se entiendan con vos para organizar un gobierno provisorio. Este gobierno someterá al pueblo mexicano la cuestion del régimen político que deberá quedar definitivamente establecido, convocándose luego una asamblea electa conforme á las leyes mexicanas.

Ayudaréis vos al nuevo poder á introducir en la administracion, y sobre todo en hacienda, esa regularidad de que la Francia ofrece el mejor modelo. Con tal fin, se le enviarán hombres capaces de ayudar su nueva organizacion.

El objeto propuesto no es imponer á los mexicanos una forma de gobierno que les fuese antipática, sino auxiliarlos en sus esfuerzos para establecer, segun su voluntad, un gobierno que tenga probabilidades de estabilidad, y que pueda asegurar á la Francia la reparacion de los agravios de que tiene que quejarse.

Se deja entender que, si prefieren una monarquía, está en el interés de la Francia apoyarlos en esa vía.

No faltarán gentes que os pregunten por qué vamos á gastar hombres y dinero para fundar un gobierno regular en México.

En el estado actual de la civilizaci6n del mundo, la prosperidad de la América no es indiferente á la Europa, porque aquella es la que alimenta nuestras fabricas y hace vivir nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y próspera; pero ninguno tenemos en que se apodere de todo el golfo de México, domine desde allí las Antillas, así como la América del Sur, y sea la única distribuidora de los productos del Nuevo Mundo.

Vemos hoy, por una triste experiencia, cuán precaria es la suerte de una industria que se ve reducida á buscar su materia primera en un mercado único, cuyas vicisitudes todas tiene que sufrir.

Si, por el contrario, México conserva su independencia y la integridad de su territorio; si un gobierno estable se constituye allí con el auxilio de la Francia, habremos devuelto á la raza latina, del otro lado del Océano, su fuerza y su prestigio; habremos garantizado su seguridad á nuestras colonias de las Antillas y á las de España: habremos establecido nuestra benéfica influencia en el centro de la Amé-

rica; y esta influencia, al crear inmensos expendios á nuestro comercio, nos suministrará las materias indispensables para nuestra industria.

México, así regenerado, nos será siempre favorable, no solamente por agradecimiento, sino también porque sus intereses estarán de acuerdo con los nuestros, y porque encontrarán un punto de apoyo en sus buenas relaciones con las potencias europeas.

Hoy, pues, nuestro honor militar comprometido, las exigencias de nuestra política, el interés de nuestra industria y de nuestro comercio, todo nos impone el deber de marchar sobre México, de plantear allí atrevidamente nuestra bandera, y de establecer, ó bien una monarquía, si no es incompatible con el sentimiento nacional del país, ó cuando ménos un gobierno que prometa alguna estabilidad.—*Napoleon.*

Examinemos ahora, cual corresponde, á un documento de tan alta importancia, el programa imperial.

Luego que llegó Forey á Veracruz, expidió la proclama que á su tiempo comentamos, y que según dijo después él mismo, fué dictada por el emperador.

Al mandar acoger con benevolencia á cuantos mexicanos se presentaran al ejército francés, no se calculó que habían de ser la hez de la sociedad. De aquí ha procedido que hombres manchados con toda clase de crímenes figuren hoy como aliados de Napoleón.

La provisionalidad de cuanto se haga por los invasores, no le quita el carácter de atentado horrible contra la soberanía de un pueblo independiente.

La deferencia á la religión ha consistido hasta aquí en blanquear algunas iglesias.

La seguridad dada á los tenedores de bienes nacionales de que no serán despojados de éstos, no ha de ser del agrado de las beatas y fanáticos, que han estado deseando el buen éxito de la intervención, en la firme creencia de que serían devueltos al clero los bienes en cuya administración cometió tantos abusos. Puede ser que este desengaño aclare algo las filas del partido intervencionista.

Tampoco ha de parecer bien á los traidores puestos á sueldo del invasor, que el pan de ignominia que se les arroja á la cara, hayan de pagarlo sirviendo de parapeto á los franceses, cuyas vidas se trata de conservar á costa de las suyas. Este rasgo de cinismo del emperador, debe á su vez desacreditarlo con otros de los secretarios de la intervención.

El precepto de conservar la disciplina no ha sido observado por impotencia ó falta de voluntad, y los excesos cometidos en las poblaciones ocupadas por los franceses, les hacen bien poco honor. El espíritu de aquellas les es abiertamente hostil, á consecuencia de los actos ofensivos que se han permitido.

Las reglas mencionadas hasta aquí, llevan por objeto facilitar el buen éxito de la expedición, hasta la ocupación de la capital. Para cuando se consiga este resultado, se dieron otras prevenciones.

La falta absoluta de respeto á la voluntad nacional resalta en la orden de que, para organizar un gobierno provisorio, no se ha de contar más que con los notables que hayan abrazado la causa francesa, importando poco, mediante tal condición, el color que tengan. Los hechos van confirmando con toda precisión las previsiones de los que nunca han confiado en la verdad de declaraciones falaces. Un gobierno hechura de Forey, y compuesto de afrancesados, nunca será el representante legítimo de la República mexicana.

Esa autoridad postiza ha de consultar al pueblo sobre las instituciones que prefiere, y ha de convocar una asamblea electa conforme á las leyes mexicanas. En esta parte de las instrucciones se nota una vaguedad completa, por no expresarse el modo con que ha de ser consultada la voluntad popular en un país libre en casi todo su territorio del yugo extranjero. Las elecciones para la asamblea, si fueran posibles, saldrían á sabor de los gobernantes intrusos, adueñados del poder, los cuales sin duda lo conservarían por el tiempo indefinido que tardase en declararse cuál era la opinión del pueblo mexicano.

De más á más, vendrían empleados franceses á instruirnos en la ciencia de la administración, y en el arreglo de la hacienda pública; de manera, que no contento el emperador con tener un gobierno de su devoción, extendería el pupilaje, desarrollando á costa ajena la empleomanía entre sus súbditos.

Asombra después de revelaciones tan explícitas de una intervención en nuestros negocios domésticos, que nos reduciría á una especie de vasallaje, la insistencia en la declaración de que no se nos quiere imponer una forma de gobierno que nos sea simpática. Cada vez nos confirmamos más en la idea de que se padeció un inconcebible extravío, al considerar como profundo político al soberano cuya vida

ha sido una serie constante de contradicciones.

Ningunas probabilidades de estabilidad puede tener un gobierno impuesto por las bayonetas extranjeras. El monarca de un país en cuya historia se registra la restauración de los Borbones, debería saberlo mejor que nadie.

Si de algunos agravios tuviera la Francia que quejarse justamente, habrían desaparecido ya bajo el enorme peso del atentado cometido con nosotros. Hoy México es el agraviado de una manera brutal: á México es al que se deben reparaciones.

La monarquía, detestada en México bajo todos aspectos, acabaría de hacerse aborrecible hasta el último grado, si la impusieran los franceses.

S. M. I. ha tenido la bondad de entrar en explicaciones acerca de los motivos que lo inducen á sacrificar los tesoros y la sangre de la Francia, considerando que querrán saberlo algunos curiosos. En este número nos contamos nosotros; pero nuestra curiosidad no ha quedado satisfecha con las razones alegadas.

Comprendemos perfectamente el interés europeo en los negocios de América, y deseamos como el que más, la unión íntima y cordial de ambos continentes. También comprendemos que no puede convenir á la Francia que los Estados Unidos se apoderen de todo el Golfo de México. Lo que sí no llegamos á entender, es que de tales premisas se deduzca la consecuencia del derecho de Napoleón para intervenirnos.

Cabalmente la época que con perfidia se escogió para esa empresa injustificable, es la ménos á propósito para que se realice el supuesto peligro de que seamos absorbidos por nuestros vecinos del Norte. Devorada hoy la gran república americana por una guerra civil que ha tomado proporciones colosales, no es esta ciertamente la oportunidad de pensar en conquistas.

Y aun suponiendo el riesgo inminente, la probabilidad de que fuéramos víctimas de un atentado, no autoriza á un tercero en discordia para cometer otro igual. A ningún ladrón le serviría de disculpa, alegar que el viajero despojado iba á ser robado por otro amigo de lo ajeno. Ningún asesino justificaría su crimen, con mostrar á otro facineroso con el puñal levantado sobre su víctima.

El halagüeño cuadro que se traza de los prósperos resultados de la conservación de nuestra independencia y de la integridad

de nuestro territorio, debería servir precisamente de estímulo para no abusar contra ellas. Al atacarlas, se pierden por necesidad muchas de las ventajas pronosticadas, y especialmente las relativas á Francia, pues lejos de que subsista su influencia en el centro de la América, acabará por naufragar como justo castigo de una ambición insensata. Quien siembra odio, no puede cosechar amor.

México no puede agradecer agravios, tan escandalosos como inmerecidos. Sus intereses no pueden estar de acuerdo con los de una potencia injustamente agresora. Sus buenas relaciones con las potencias europeas, no pueden encontrar punto de apoyo en la que atiza la discordia y falta á los compromisos más solemnes.

En su avance sobre México, el invasor tropezará con la resistencia de un pueblo decidido á defenderse á todo trance. Del vigor de la defensa esperamos que no consenta que la bandera francesa ondee en nuestra capital; mas si tal desgracia llegare á acontecer, el gobierno que aquí se establezca, ya sea monárquico ó no, será una autoridad de burla, escarnecida, despreciada, anatematizada en la República entera.

Mientras permanecieron en la oscuridad las intenciones de Napoleón III, pudo haber ilusos que las creyeran ménos atentatorias. Conocidas ya oficialmente, los mexicanos que se presten á ayudarlas merecerán á la vez que la de traidores, la calificación de imbéciles.

México, Marzo 4 de 1863. —José M. IGLESIAS.

*VICENTE CHICO SEIN, gobernador y comandante militar del Estado de San Luis Potosí, á sus habitantes:*

Ciudadanos: El Supremo Gobierno, á quien está encomendada la salvación de la patria, se ha servido declarar á San Luis en estado de sitio, haciéndome la honra de encomendarme los mandos político y militar del mismo. En el desempeño de esos cargos os ofrezco guardar la misma conducta que manifesté en mi anterior administración, y como en aquella, me esforzaré á que el Estado contribuya á la defensa de la independencia nacional, de la manera digna que contribuyó al triunfo de la Constitución y la reforma.

Habrán garantías para todos los habitantes pacíficos, sean nacionales ó extranje-

ros, y la severidad y energía del gobierno, sólo se hará sentir sobre los que perturben el orden ó se muestren favorables á la intervencion francesa.

Conciudadanos: tengo plena seguridad de que no hay entre vosotros un solo traidor, y por el contrario, espero que contribuiréis á la salvacion de la independencia nacional por la que pelean hoy vuestros hermanos los valientes Zapadores, Rifleros y otros cuerpos de San Luis, que combaten en union de los demás guardias nacionales de la República, acaudillados por los generales Ortega y Comonfort, contando con un respetable ejército de Reserva, mandado por el digno general Doblado. Confiamos en el valor de esos denodados soldados, en el patriotismo y pericia de sus caudillos, no ménos que en la constancia y energía del ciudadano presidente de la República.

¡Guerra sin tregua al invasor francés hasta lograr el feliz día en que saludemos la República libre, independiente y respetada de las potencias extranjeras!

Tales son vuestros sentimientos, y los que abrigará hasta morir vuestro conciudadano y amigo—*Vicente Chico Sein*.

Marzo 3 de 1863.

“*EL C. BENITO JUAREZ, presidente constitucional de los Estados-Unidos Mexicanos, á sus habitantes, sabed:*

Que usando de las amplias facultades de que me hallo investido, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Considerando que los objetos á que fué destinado el producto del subsidio de guerra establecido por el decreto de 1.º de Diciembre de 1862, son en las presentes circunstancias de primera necesidad;

Considerando que es pasado ya el término de próroga que se concedió á los causantes, para que enteraran las cuotas que tuvieren pendientes, y que no han sido suficientes para apremiarlos al pago, las penas establecidas por el último decreto de 11 del mes anterior; y considerando, por último, que se han agotado por parte de la oficina cuantos medios son compatibles para obtener el cumplimiento de la ley, guardando á los causantes las prudentes consideraciones, y que en lo sucesivo se hace indispensable obrar con severidad, decreto lo siguiente:

Art. 1.º Dentro de tercero día de publicado este decreto se enterarán en la

comisaría especial del subsidio de guerra, las cuotas que estuvieren pendientes hasta esta fecha.

Art. 2.º Los causantes que no lo verificaren pasado este término, serán destinados al servicio de las armas, en los ejércitos de Oriente y del Centro, por seis meses si no tuvieren sesenta años cumplidos y fueren varones. Las mujeres, los mayores de la edad expresada, y los imposibilitados para este servicio, incurrirán en un aumento del cincuenta por ciento, en los gastos de cobranza, y serán ejecutados con arreglo al art. 7.º de la ley de 1.º de Diciembre de 1862.

Por tanto, mando, se imprima, publique, circule, y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Palacio Nacional de México, á seis de Marzo de mil ochocientos sesenta y tres.—*Benito Juarez*.—Al Ministro de Guerra y Marina, ciudadano general Miguel Blanco.

Y lo comunico á vd., para su inteligencia y cumplimiento.

Libertal y Reforma, México, Marzo 6 de 1863.—*Blanco*.—Ciudadano Gobernador del Distrito Federal.—Presente.

#### FRANCIA.

Los comentarios que ha hecho la prensa de la capital sobre el discurso que el emperador de los franceses pronunció hace poco al abrir la sesion legislativa, no agotan ni con mucho la materia. La política ambiciosa é inconsecuente de Napoleón III ha ido acercando á la Francia á un abismo tan profundo, como el silencio que en su último discurso ha guardado el emperador acerca de las cuestiones más críticas en que se halla comprometido. Ya hemos hecho observar con cuánto empeño se procura distraer la atencion del pueblo frances de los verdaderos peligros que corre aquella Nacion, deslumbrándole con el oropel de una prosperidad material, que mientras no tenga base en las instituciones y en la opinion pública, será una cosa ficticia y expuesta á desaparecer de un soplo, como una decoracion de teatro. Para adormecer mejor á los súbditos del imperio, el discurso de apertura se ha hecho seguir de una exposicion sobre el estado de la Francia, que no conocemos sino por fragmentos. Bastan ellos, sin embargo, para congeturar que en esa pintura, las verdaderas llagas de la Nacion Francesa que-

dan cubiertas con el profuso ropaje del movimiento comercial y de las grandes obras materiales. Esto nos ha inducido á hacer el ensayo de presentar la verdadera situacion de aquel país, tal cual se la percibe desde cualquier punto del globo que no sean las Tullerías, y comenzaremos por lo que más obviamente fija la atencion fuera de Francia: la posicion del gobierno imperial en las principales cuestiones diplomáticas que trae ahora entre manos. Tres son ellas á nuestro modo de ver: la cuestion de Oriente, la de Italia y la de América. Bajo cualquiera de estos tres aspectos que se examine la situacion diplomática de la Francia, sobre todo, á la luz de las últimas noticias, se advertirá que ha cambiado muy desfavorablemente para el gobierno frances el predicamento que ocupa en los Consejos de Europa.

Inesperados y en gran manera adversos han sido para el emperador Napoleon los sucesos en cuya virtud ha caído del trono griego la dinastía de Baviera. En primer lugar, esta peripecia envuelve una grandeleccion para los gobiernos que creen posible quitar á los pueblos la libertad política y civil, dándoles en cambio algo de prosperidad material. Todo el mundo sabe que la de la Grecia ha crecido en los últimos veinte años; que el movimiento marítimo y la exportacion de los frutos indígenas han ido constantemente en progreso; y sin embargo, la suerte del rey Othon prueba demasiado que no bastan esos títulos para que se haga absolver un soberano que da á su pueblo el nombre en vez de la realidad del gobierno constitucional; que falsea los elecciones para asegurar en las cámaras una mayoría favorable; que se sirve de ella para agobiar al país con impuestos que él vota en apariencias; que sofoca la voz de la prensa libre, y que corta, en fin, las alas al progreso de una nacion. No obstante las desavenencias personales entre Napoleón III y la reina de Grecia, desavenencias que estuvieron á punto de producir una explosion ruidosa, con motivo de su entrevista en Alemania, se atribuye generalmente al gobierno frances un proyecto en que trabajó por más de un año, y que secundado por el rey de Grecia y por el de Italia, debía producir en el primero de estos dos países un movimiento hostil á la Puerta Otomana. En lugar de este movimiento se ha verificado el que privó al rey Othon de la corona helénica, y en vez de hallarse la Francia dando direccion á la política griega, se ha encontrado suplantada de improviso por el go-

bierno inglés. Grandes intereses se ligan con esta cuestion: la Rusia ve de reojo el ascendiente que cualquiera nacion poderosa, y en especial la Gran-Bretaña, llegue á ejercer en el gobierno de Atenas, porque ve en ello comprometidas la navegacion en el mar Muerto y las vías de su comercio meridional. Entre Inglaterra y Francia, la cuestion griega se liga al gran problema del dominio del Mediterráneo. Estos son los términos del negocio, pero la solucion de hecho que el pueblo griego ha comenzado á darle, es altamente favorable al interés británico, y relega á la Francia á un segundo término con que ella está muy lejos de resignarse. El gobierno frances comprende que la astuta Albion, su antagonista inmemorial, sacaría ventajas inmensas de la posicion geográfica de la Grecia, y hé aquí por qué los periódicos semi-oficiales de Paris han declarado que se cortaria todo vínculo de buena inteligencia al través del canal, si la insurreccion griega tocase el objeto á que parece encaminarse. Por estas ligeras indicaciones se ve bien claro que la insurreccion de Grecia coloca al gobierno frances en una posicion azarosa y muy distante de la supremacía á que ha aspirado en la cuestion de Oriente. La medida de la respectiva influencia que Francia é Inglaterra están ejerciendo en este asunto, puede verse, si se comparan las cifras de los sufragos que el pueblo griego ha emitido en favor del príncipe Alfredo de Inglaterra y del príncipe de Leuchtemberg, biznieto de la emperatriz Josefina, y candidato del emperador Napoleon para el trono helénico.

Por lo que hace á la cuestion italiana, la probable crisis ministerial á que se refieren las últimas noticias de Turin, es una crisis tambien para la influencia francesa en ese asunto.

El parlamento de Italia, no solo acusa á Ratazzi de haber violado la constitucion declarando el estado de sitio en Nápoles y en Sicilia; de haber hecho aprehender á los diputados, y de haber suprimido la libertad de la prensa: el cargo principal se refiere al suceso de Aspromonte y á las contemporizaciones con la política francesa, que han alentado segun se cree, al ministro Drouyn de Lhuys á calificar oficialmente las pretensiones italianas sobre Roma, en terminos que el pueblo de Italia no puede ménos que ver como un insulto. La influencia del emperador sobre el jefe del gabinete de Turin, y la influencia de éste sobre el parlamento italiano, han sido la base de operaciones del gobierno francés